

realidad tenga dinamismo para expandir la economía y llevarla a cabo para el beneficio de la comunidad. Dinamismo que impulse de una manera consistente los tres grandes sectores básicos de la industria, la agricultura y la infraestructura, y a la vez realice una plena justicia social, traducida en nuevos términos de distribución del ingreso, que es contraria a las desigualdades que padecemos, el ansia inescrupulosa de lucro, al individualismo ciego a todo compromiso de solidaridad que generó la filosofía del "lessefferrismo", y que en nuestro medio tiene tan elocuentes manifestaciones.

Este ideal no ha sido posible lograrlo, aunque sea parcialmente, porque no hemos tenido continuidad en el esfuerzo ni coherencia en los propósitos fundamentales. En cada cuatrienio se ensaya un programa, se expone una tesis, se improvisa un ruta sobre el destino del país. Y, por lo tanto, por falta de metas y de persistencia, la política aplicada se ha caracterizado por su inmediatez, por su índole pasajera, variable y tentativa, con olvido de los grandes objetivos de largo plazo, de tal manera improvidente, que bien cabe en nuestro caso recordar la sentencia de que los gobernantes que viven al día son felices, pero los pueblos bajo su dirección son desgraciados ●

## Hegemonía e Ideología en Gramsci

Chantal Mouffe

*Durante largo tiempo la teoría de la ideología ha constituido una de las áreas más descuidadas en el análisis marxista de la sociedad. Es sin embargo, un terreno decisivo en el que se plantean problemas teóricos y políticos de la mayor importancia.*

Resulta fundamental tratar de entender la naturaleza de las dificultades que se han opuesto a la formulación de una teoría que explique adecuadamente la significación y el papel de la ideología, ya que no es exagerado afirmar que aquéllas constituyen el principal obstáculo al desarrollo mismo del marxismo, a la vez como teoría y como doctrina política.

A primera vista la respuesta parecería simple. En efecto, todas las dificultades parecen originarse en un único fenómeno, al que una vasta literatura contemporánea ha dado en denominar **economicismo**. Pero la aparente simplicidad del

---

\* Traducción del original inglés por Cristina de la Torre.

término oculta toda una serie de problemas que irrumpen al primer intento de definir con rigor su especificidad y sus limitaciones. Aunque es claro que todas las formas del economicismo implican una ausencia de comprensión de la autonomía de la política y la ideología, esta definición genérica resulta insuficiente porque da lugar a dos posibles esferas de ambigüedad. La primera deriva del hecho de que la noción de economía es ciertamente ambigua y está lejos de presentar una intrínseca claridad (no está clara, por ejemplo, la importancia relativa que se le atribuye en ella a las fuerzas productivas y a las relaciones de producción). La segunda resulta de la vaguedad e imprecisión que caracterizan al mecanismo por el cual se subordinan la política y la ideología a la economía, ya que siempre se lo define en términos puramente alusivos ("subordinación", "reducción", "reflejo"). De este modo, se abre la posibilidad de existencia de formas complejas de economicismo, que no resulta fácil detectar, puesto que a primera vista no se presentan como tales.

### **Economicismo e Ideología**

Esto es lo que explica la complejidad del problema del economicismo en relación con la teoría de la ideología, ya que aquel se presenta en múltiples formas, algunas de las cuales han sido escasamente identificadas. La problemática economicista de la ideología ha presentado dos aspectos claramente distintos aunque íntimamente relacionados. El primero consiste en establecer un vínculo causal entre estructura y superestructura y en concebir a esta última como un reflejo

mecánico de la base económica. Por este camino se desemboca en una visión de las superestructuras ideológicas como epifenómenos que no juegan ningún papel en el proceso histórico. El segundo aspecto no se refiere al papel de las superestructuras, sino a su naturaleza propia; en tal sentido a estas últimas se las concibe como determinadas por la posición de los sujetos en las relaciones de producción, es decir, por las clases sociales. Este segundo aspecto no puede identificarse con el primero, ya que es compatible con la atribución de una cierta "temporalidad diferencial" e, incluso, de una cierta eficacia, a las superestructuras ideológicas.

Es importante entender las distintas formas en que estos dos aspectos se han combinado en la tradición marxista. De hecho, puede dividirse el proceso en tres fases principales: la primera, aquella que combina los dos aspectos señalados, constituye la forma pura y clásica del economicismo; la segunda se aleja de la visión clásica, para disociar ambos aspectos; en la tercera, finalmente, se rompe con los dos aspectos del economicismo y se sientan las bases teóricas para una reinterpretación del materialismo histórico desde una perspectiva anti-economicista radical. Existen varias razones que explican la necesidad de distinguir entre estos tres momentos en la búsqueda de una comprensión adecuada del economicismo. La primera es que, si bien hay consenso sobre el carácter economicista de la Segunda y Tercera Internacionales, no se ha especificado adecuadamente su forma peculiar de economicismo; con el resultado de que se ha tendido a identificar al reduccionismo con el epifenomenalismo, o al menos se los ha visto como interrela-

cionados mutuamente. Con respecto a las interpretaciones marxistas "superestructurales" (Lukacs, Korsch, etc.), es importante observar que sólo rompen parcialmente con el economicismo porque, si bien rechazan la concepción epifenomenalista de la ideología, retienen el reduccionismo de clase. Finalmente, es preciso advertir que el tercer momento apenas se ha iniciado y que superar los dos aspectos del economicismo es un proyecto teórico que en gran medida está aún por realizarse.

*Para leer a Gramsci.* El primero en emprender una crítica completa y radical del economicismo fue, sin duda, Antonio Gramsci; y es en ello donde estriba su principal contribución a la teoría marxista de la ideología. El objeto de este artículo es pues, analizar la contribución de Gramsci dentro de la perspectiva trazada. Sin embargo, es importante advertir las particulares dificultades que esta tarea implica. Algunas de ellas son inherentes a cualquier intento de lo que se ha dado en llamar una "*lectura sintomal*", en tanto que otras provienen de la naturaleza particular de los escritos de Gramsci y de su carácter fragmentario. El principal peligro, que debe evitarse a cualquier precio, es el de hacer una lectura instrumental de Gramsci, que utilice el carácter disperso (no-sistemático) de su trabajo para extrapolar pasajes en forma arbitraria y sostener una tesis que guarda poca relación con su pensamiento.

Si toda lectura sintomal implica practicar una problemática, es fundamental explicitar esta última para no transferirle al texto en cuestión las contradicciones del sistema conceptual que inspira el análisis que se realiza. Además debe tenerse en cuenta que la problemática implícita

en el análisis del texto es exterior al mismo y que la unidad del texto con frecuencia se establece sobre bases bien diferentes a las de dicha problemática. Para conjurar cualquier ambigüedad, comenzaré por definir los principios fundamentales de la problemática anti-reduccionista, que constituye la base de la presente lectura de Gramsci. Entonces podrá juzgarse si mi hipótesis, que consiste en atribuirle a Gramsci el mérito de haber construido los fundamentos de tal enfoque, puede aceptarse o no.

### *Principios de una concepción no-reduccionista de la Ideología*

La concepción no reduccionista de la ideología, que constituye el fundamento teórico de la presente lectura sintomal de Gramsci, se basa en los siguientes principios:

1. La noción de lo concreto como sobredeterminación de contradicciones. Frente a una concepción de tipo hegeliano que reduce a cada coyuntura al proceso de autodesenvolvimiento de una contradicción única, que, en consecuencia, reduce el presente a momento abstracto y necesario de un desarrollo lineal y predeterminado, aceptamos la concepción de Althusser, que privilegia la noción de coyuntura en el análisis de lo concreto y considera a cada coyuntura como una sobredeterminación de contradicciones, cada una de las cuales puede pensarse **abstractamente**, es decir, con independencia conceptual frente a las otras. Esta es la base de una concepción no-reduccionista de lo político y lo ideológico, en la medida en que el reduccionismo se

enraiza, precisamente, en la adopción por parte del marxismo de un modelo historicista de tipo hegeliano. Modelo que, adoptado por el marxismo, conduce a considerar todas las contradicciones como momentos en el desarrollo de una contradicción única: la contradicción de clase; esto, a su vez, conduce a atribuirles un carácter de clase a todos los elementos políticos e ideológicos. El problema central del marxismo contemporáneo descansa en la elaboración de una teoría no-reduccionista de la ideología y de la política que, sin embargo, dé cuenta de la determinación en última instancia por la economía.

2. ¿Cómo se expresa esta necesidad de una concepción que sea a la vez marxista y no-reduccionista, en el caso concreto de la teoría de la ideología? Siguiendo a Althusser en este punto, entendemos por ideología una práctica productora de sujetos<sup>1</sup>. El sujeto no es la fuente original de la conciencia, la expresión de la irrupción de un principio subjetivo en los procesos históricos objetivos, sino el **producto** de una práctica específica que opera a través del mecanismo de la interpelación. Si, según Althusser, los agentes sociales no son el principio constitutivo de sus actos sino soportes de las estructuras, sus principios subjetivos de identidad constituyen otro elemento estructural que resulta de prácticas históricas específicas. En este caso, ¿cómo se combinan los principios de sobredeterminación y de determinación en última instancia por la economía? Veamos primero la sobredeterminación. El agente

social no posee uno sino varios principios de determinación ideológica: es interpelado como miembro de un sexo de una familia, de una clase social, de una raza o una nación, y **vive** estas distintas subjetividades que lo constituyen como sujeto, como mutuamente interrelacionadas. El problema consiste en puntualizar la relación **objetiva** entre estos principios subjetivos o elementos ideológicos. En una perspectiva reduccionista, cada uno de ellos tendría, necesariamente, una connotación de clase.

Pero si, por el contrario, aceptamos el principio de la sobredeterminación, tendríamos que concluir que podría no existir una relación necesaria entre estas distintas interpelaciones y que, por lo tanto, resulta imposible atribuirles a las mismas una necesaria connotación de clase. Este es, sin embargo, el punto en el que interviene el segundo principio —la determinación en última instancia por la economía—. Pero determinación en última instancia por la economía equivale a decir determinación en última instancia por las clases sociales, en tanto definamos a las clases como polos antagónicos de las relaciones de producción dominantes. Llegamos entonces al siguiente planteamiento: si los mencionados elementos ideológicos no **expresan** a las clases sociales, pero si en última instancia las clases determinan la ideología, tendríamos que concluir que esta determinación solo puede resultar del establecimiento de un principio articulador de dichos elementos ideológicos, principio que es el que verdaderamente **les confiere** un carácter de clase. Esta afirmación plantea, sin embargo, una serie de problemas no resueltos. Y es precisamente este el punto en donde la elaboración de una concepción

1. Louis Althusser, *Lenin and Philosophy and other Essays*. p.p. 160-65 NLB, Londres, 1971.

anti-reduccionista de la ideología permanece como una tarea abierta. Ya que, en efecto, afirmar que el carácter de clase de una ideología está atribuido por su principio articulador específico, es sugerir el terreno donde debe buscarse la solución, pero esto no proporciona de por sí la respuesta teórica al problema planteado.

Los dos puntos anteriores han hecho referencia a los requisitos teóricos de una concepción no-reduccionista de la ideología y al camino que falta por recorrer para darle a dicha concepción una formulación rigurosa. La preocupación fundamental de este ensayo es establecer hasta qué punto reconoció Gramsci estos problemas y el tipo de soluciones que propuso para los mismos. Trataremos de mostrar cómo la concepción gramsciana de la hegemonía involucra la puesta en movimiento, en estado **práctico**, de una problemática anti-reduccionista de la ideología. Más aún, sostendremos que esta concepción antireduccionista de la ideología es la verdadera condición de **inteligibilidad** de la concepción gramsciana de la hegemonía y que las dificultades que la interpretación de este último concepto presenta, provienen del hecho de que tal problemática anti-reduccionista no se ha subrayado hasta ahora en todas sus dimensiones.

Antes de continuar con el análisis de la concepción gramsciana será necesario detenerse en la consideración de la forma en que la Segunda Internacional abordó los problemas que estudiamos. El efecto, para Gramsci el economicismo no era un problema abstracto o académico sino que, por el contrario, estaba profundamente enraizado, en la práctica política de la Segunda Internacional y constituyó la fuente última de las

derrotas masivas que sufrieron los movimientos de la clase obrera italiana y alemana, en la década que siguió a la Primera Guerra Mundial. Es dentro de este contexto donde el pensamiento de Gramsci encuentra su verdadera significación y las condiciones de su inteligibilidad.

### *La Segunda Internacional y el Economicismo*

La concepción de la Segunda Internacional acerca del colapso del capitalismo se basaba en una interpretación del pensamiento de Marx según la cual la revolución proletaria era la consecuencia necesaria e inevitable del desarrollo de las contradicciones económicas del modo de producción capitalista. La ideología no tenía ninguna autonomía, puesto que el desarrollo de la conciencia socialista era el corolario del crecimiento numérico del proletariado como clase y de la agudización de las contradicciones económicas. Por otra parte, se identificaba a la conciencia socialista con la conciencia de los agentes sociales y se buscaba el principio de identidad de estos últimos en la clase a la cual pertenecían. Se combinaban, pues, las dos clases de economicismo, vale decir, la concepción epifenomenalista del papel de la ideología y la concepción reduccionista acerca de su naturaleza.

Los fundamentos epistemológicos de este tipo de interpretación del marxismo descansaban en una concepción positivista de la ciencia que aplicaba al materialismo histórico el tipo de cientifi-

cidad existente en las ciencias físicas<sup>2</sup>. De allí surgió el supuesto de que la validez de la teoría de Marx dependía de la confrontación empírica de las tres leyes que, según se consideraba, constituían la base de su análisis del modo de producción capitalista: la concentración, la sobreproducción y la proletarización crecientes. La convicción de que estas leyes se cumplirían y de que provocarían automáticamente la revolución proletaria, llevó a los defensores de la teoría de la catástrofe a afirmar el carácter inevitable del socialismo.

Como escribió Kautsky en su comentario al programa de Erfurt<sup>3</sup>:

*"Nosotros creemos que el colapso de la sociedad existente es inevitable porque sabemos que el desarrollo económico produce natural y necesariamente contradicciones que obligan a los explotados a combatir la propiedad privada. Sabemos que ella aumenta el número y la fuerza de los explotadores, cuyos intereses descansan en el mantenimiento del orden existente y que finalmente desata contradicciones intolerables para la masa de la población, cuya única alternativa será el embrutecimiento y la inercia o el derrocamiento del sistema de propiedad existente".*

2. Para un análisis amplio de los fundamentos epistemológicos del marxismo de la Segunda Internacional y del revisionismo de Bernstein, ver la excelente introducción de Leonardo Paggi al libro de Max Adler, **II Socialismo e gli intellettuali**. De Donato, Bari, 1974.

3. Karl Kautsky, **Das Erfurter Programm** p. 106 Stuttgart, 1892. Citado por Lucio Galletti en su introducción al libro de Bernstein, **I Presupposti del Socialismo e i Compiti della Socialdemocrazia**. p. XIX, Laterza, Bori, 1974.

La Segunda Internacional era firmemente reduccionista desde el punto de vista ideológico; como consideraba que todos los elementos ideológicos tenían connotaciones necesarias de clase, concluía que todos los elementos pertenecientes al discurso de la burguesía tenían que ser rechazados categóricamente por la clase obrera, cuyo objetivo debía consistir en cultivar valores puramente proletarios y preservarse de toda contaminación exterior. Fue así como llegó a considerarse a la democracia como una típica expresión ideológica de la burguesía.

Para comprender cómo pudo surgir semejante interpretación del marxismo, es importante recrear el clima histórico de aquellos años. Existía, de un lado, una burguesía fuerte que consiguió extender su dominio al conjunto de la sociedad y articular las reivindicaciones democráticas a su discurso de clase. Y, del otro, la clase trabajadora organizada en sindicatos poderosos y en partidos de masas que le permitieron luchar con buen éxito por sus demandas económicas. Esta situación provocó una doble tensión en el pensamiento socialista:

a) La necesidad de producir una ruptura radical entre la ideología socialista y la ideología burguesa, única manera de asegurar la independencia del pensamiento socialista, en una época en que la burguesía seguía ejerciendo un considerable poder de atracción.

b) La necesidad de establecer un punto de contacto entre los objetivos revolucionarios del movimiento obrero y sus avances en el terreno de las reformas dentro del sistema capitalista. El economicismo de Kautsky constituyó una respuesta acabada a estas dos necesidades. Puesto

que la burguesía logró absorber la ideología popular y democrática, el kautskismo resolvió que la democracia era necesariamente una ideología burguesa. Por consiguiente, la democracia dejó de entenderse, como lo hiciera el joven Marx, como el terreno de una revolución permanente que, comenzada por la burguesía, sería concluida por el proletariado, para convertirse en una ideología de clase. El criterio de clase empezó a convertirse en el punto de referencia fundamental a todos los niveles: fue así como se originó una de las características fundamentales del economicismo: el reduccionismo de clase. Por otra parte, si la clase obrera no iba a intervenir en la dirección de otras fuerzas sociales, limitándose a defender sus propios intereses, entonces la revolución no podía ser el resultado de la intervención consciente de la clase obrera que se presenta como alternativa política para todos los explotados, sino que debía representar el desarrollo de las virtualidades inherentes a las contradicciones económicas. De allí se sigue la teoría del colapso del capitalismo. Pero si el colapso era simplemente resultado del juego de las fuerzas económicas, esto equivalía a considerar que estas últimas contenían todos los elementos necesarios para explicar el proceso histórico. En consecuencia, los factores políticos e ideológicos se redujeron a meros epifenómenos, lo que constituye la segunda característica del economicismo de Kautsky.

Varios puntos de esta concepción mecanicista entrarían en crisis a comienzos del siglo veinte. Pero esta crítica al dogmatismo de Kautsky, que comenzaría a desarrollarse, presentaba la siguiente característica peculiar: a pesar de sus variadísimos y antagónicos planteamientos, los críticos

señalaron las contradicciones e inconsistencias del kautskismo, pero sin abandonar los supuestos propios del mismo. Más aún, estas críticas fueron a la vez una negación del kautskismo como sistema y un desarrollo de las distintas potencialidades que sus supuestos ideológicos abrían. Esta tendencia es particularmente obvia en el caso de Bernstein y del debate sobre el revisionismo. Como resultado del fracaso de la predicción basada en la teoría del colapso del capitalismo y como resultado también de mentís categóricos a la teoría de la determinación espontánea de la conciencia socialista de la clase obrera —como se vio en el caso de la clase obrera en Inglaterra—, Bernstein llegó a rechazar el marxismo y declararlo incapaz de entender el desarrollo histórico real. Bernstein reemplazó la visión marxista del socialismo científico por un enfoque del socialismo como “ideal ético”, como aquel tipo de sociedad hacia la cual la humanidad debería dirigirse voluntariamente, en virtud de principios morales.

Bernstein comprendió que en las nuevas condiciones en que el capitalismo se desarrollaba ya no podía defenderse la teoría de la catástrofe y que en los países capitalistas avanzados las superestructuras jugaban un papel cada vez más importante. Por eso, a diferencia de Kautsky, comprendió la importancia de que la lucha proletaria se extendiera al campo político e ideológico. Fue, pues, este reconocimiento de la necesidad de plantear el problema de la ideología de una manera radicalmente distinta el que condujo a Bernstein a desafiar la versión economicista del marxismo. Sin embargo, como identificaba la doctrina de Marx con la teoría de la catástrofe, su crítica al economicismo lo condujo a un rechazo

liso y llano del marxismo. Pensaba él que atribuirle un papel activo a la ideología necesariamente entraba en contradicción con la teoría marxista de la historia. La ruptura de Bernstein con el marxismo se sitúa, pues, en el terreno teórico constituido por los supuestos ideológicos de la Segunda Internacional que jamás fueron cuestionados seriamente. Si por un lado identificaba al marxismo con la teoría de la catástrofe, por el otro identificaba a la democracia con el parlamentarismo burgués. De allí la imposibilidad de utilizar el revisionismo de Bernstein como base para una teoría de la autonomía de lo político y lo ideológico como **niveles objetivos específicos**. Para él, objetividad significaba determinación y la única forma de determinación que conocía era la determinación económica. Así, aun cuando intuía que el reduccionismo de clase y el determinismo económico le impedían al marxismo entender los problemas específicos de la era del capital monopolista, la única alternativa intelectual que se le abría estaba en el extremo opuesto, en la irrupción de la subjetividad —el ideal ético— en la historia. Esto dio lugar a su apelación a la ética kantiana. Desde Sorel hasta Croce, todas las tendencias que a comienzos del siglo quisieron oponerse a la tendencia positivista dominante, lo hicieron en nombre del voluntarismo, del subjetivismo y hasta del irracionalismo. No había otra solución en un mundo intelectual en el que determinación mecánica y objetividad se habían convertido en sinónimos.

### *El Leninismo y sus consecuencias*

Si reduccionismo y epifenomenalismo terminaron por ligarse íntimamente en el pensamiento de la Segunda Internacional, la experiencia histórica de la Revolución Rusa sentó las bases para la disolución de esta unidad. En primer lugar, la revolución no triunfaba en el país europeo en donde menos se la esperaba, en total contradicción con la teoría según la cual la revolución resultaba del desarrollo mecánico de las fuerzas económicas. Era evidente que esta revolución había nacido de la intervención política en una coyuntura de la que, según el marxismo tradicional, jamás podría resultar una insurrección socialista. La consecuencia fue desacreditar un razonamiento político que vinculaba todo cambio histórico a la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción y también poner en cuestión los supuestos en que se basaba la concepción epifenomenalista. En segundo lugar, el análisis de Lenin del desarrollo desigual y combinado y la transformación de las consignas democráticas en banderas socialistas en el curso de la revolución rusa, renovaron el prestigio de los análisis del joven Marx acerca de la dialéctica entre democracia y clases establecieron un vínculo entre la revolución rusa y el ciclo de las revoluciones permanentes, interrumpido por el fracaso de las revoluciones de 1848. En este sentido, también el presupuesto reduccionista quedaba seriamente cuestionado.

Con todo, los análisis de Lenin en este aspecto no sólo son demasiado sucintos sino bastante ambiguos, pues en más de un sentido permanecen prisioneros de la vieja problemática. Más que su



pensamiento, fue la **práctica política** de Lenin lo que demostró ser una fuerza transformadora que hizo estallar los estrechos límites economicistas del pensamiento marxista occidental de comienzos del siglo.

Tres desarrollos resultaban posibles desde el nuevo punto de partida que el leninismo representaba. Uno de ellos consistía en ver en la revolución el producto de la irrupción de la conciencia y la voluntad en la historia, frente al fatalismo y al determinismo de las fuerzas económicas. Esta actitud representaba la continuación del subjetivismo voluntarista del período de la preguerra. El joven Gramsci vio en el triunfo bolchevique "la revolución contra el Capital"; Sorel lo interpretó como el triunfo "del método de la violencia liberadora" y de la voluntad. En el confuso mundo de la postguerra, en donde florecía y proliferaba una abigarrada multitud de ideologías anti-statuquo, el bolchevismo representó para muchos sectores de la sociedad el símbolo de un **élan** revolucionario que superaba todas las restricciones y condiciones objetivas.

Otra actitud posible consistía en intentar hacer compatibles la primacía de la conciencia y la autonomía del momento político, con una lógica objetiva de clase. Y esto resultaba posible en la medida en que se definiera a las clases por su posición en el proceso de producción, pero al mismo tiempo se hiciera de la conciencia de clase el momento más alto en el proceso de su autodesenvolvimiento creador. Este fue, por ejemplo, el camino seguido por Lukacs en *Historia y Conciencia de Clase*, que solo lo condujo a una superación parcial del economicismo. En efecto, si por un lado, en razón de su insistencia en el papel

decisivo de la conciencia de clase, su problemática era anti-economicista —dada la **eficacia** que le atribuía a la ideología—, por otro lado fue incapaz de superar el reduccionismo en su concepción de la **naturaleza** de la ideología. Para Lukacs la ideología se identifica con la conciencia de clase y la definía, por lo tanto, como la "conciencia posible" de una clase social, determinada por el lugar que ocupaba en las relaciones de producción. Es decir que Lukacs rompió con el epifenomenalismo de la Segunda Internacional, pero no con el reduccionismo de clase.

Utilizó la herencia leninista unilateralmente y sólo continuó una de las dos líneas del desarrollo potencial que aquella había abierto.

La tercera actitud posible consistía en extraer todas las consecuencias teóricas que se derivaban de la práctica política de Lenin, lo que había de conducir a un cuestionamiento total y radical de todos los aspectos de la problemática economicista. Desafortunadamente, al activísimo período de elaboración teórica de los años veinte le siguió el silencio estéril de la era stalinista, que frenó el desarrollo del marxismo por varias décadas. Sin embargo, hubo durante este período un esfuerzo solitario en esta tercera dirección. Durante su largo cautiverio, reflexionando sobre las causas de la derrota del movimiento obrero y de la victoria del facismo, aislado en la soledad de su celdad, Antonio Gramsci puso al descubierto la fuente de todos los errores: éstos procedían de la incomprensión de la naturaleza y el papel de la política y de la ideología. En sus **Cuadernos de Prisión**, esto había de llevarlo a repensar el conjunto de los problemas centrales del marxismo desde una perspectiva anti-economicista radical

y, de allí, a desarrollar todas las potencialidades inherentes al leninismo.

### Gramsci y la Hegemonía

Trazada a grandes rasgos la problemática marxista que proporcionó el trasfondo contra el cual se desarrolló el pensamiento de Gramsci, regresemos ahora al problema central de este trabajo, es decir, el aporte gramsciano a la teoría marxista de la ideología. Recordemos nuestro argumento central: éste se funda en mostrar que, en su concepción de hegemonía, Gramsci utiliza, en **estado práctico**, una problemática radicalmente anti-economicista de la ideología y que ésta constituye la verdadera condición de **inteligibilidad** de dicha concepción. Comenzaremos, pues, analizando aquellos textos en los que Gramsci presenta su concepto de hegemonía, con el objeto de definir y estudiar su evolución, el significado de dicho concepto. Discutiremos luego sus implicaciones en la teoría marxista de la ideología.

El concepto de hegemonía apareció por primera vez en Gramsci en 1926, en **Notas sobre Cuestión Meridional**. Es introducido en la siguiente forma:

*“Los comunistas de Turín plantearon la cuestión concreta de la hegemonía del proletariado, es decir, las bases sociales de la dictadura del proletariado y del Estado de los trabajadores. El proletariado puede convertirse en la clase dominante y dirigente mientras se proponga crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar a la mayoría de la población trabajadora contra el capitalismo y el Estado burgués. Esto*

*equivale a decir que realizará este propósito en la medida en que gane el consenso de las masas campesinas, teniendo en cuenta las relaciones de clase dominantes de Italia”<sup>4</sup>.*

Este texto marcó un paso adelante en el trabajo de Gramsci. Desde luego, ya antes de 1926 había entendido Gramsci la importancia de una alianza con el campesinado pues, en 1919, en un artículo titulado “Obreros y Campesinos”, insistía en el papel que los campesinos tenían que jugar en la revolución del proletariado. Pero fue en “Notas sobre la Cuestión Meridional” donde planteó por primera vez el problema de esta alianza en términos de hegemonía y subrayó las condiciones políticas, morales e intelectuales necesarias para alcanzarla. Así por ejemplo, insistía en que la clase obrera tenía que liberarse completamente del corporativismo para poder ganar a los intelectuales del Sur para su causa, ya que era a través de estos últimos como podría ejercer influencia sobre la masa del campesinado. La existencia de una dimensión intelectual y moral en la cuestión de la hegemonía era ya algo típico del pensamiento de Gramsci y había de adquirir más tarde toda su importancia. Estamos todavía, sin embargo, en el ámbito de la concepción leninista de la hegemonía, entendida como dirección del proletariado sobre el campesinado; es decir que la dirección política constituía el elemento esencial en esta concepción, en la medida en que la hegemonía era pensada en términos de **alianza de clases**. Es solo más tarde, en los **Cuadernos de**

4. Antonio Gramsci, “Quelques thèmes sur la Question Meridionale”, publicado en el apéndice de María Antonietta Macciocchi, **Pour Gramsci**, p. 316, Seuil, Paris, 1974.

**Prisión**, cuando aparece el concepto de hegemonía en su sentido típicamente gramsciano y se convierte en la unión indisoluble de la dirección política y la dirección intelectual y moral, concepción que claramente trasciende la de una simple alianza de clases.

Desde el comienzo mismo de los **Cuadernos de Prisión** aparece la problemática de la hegemonía, pero con una importante innovación. Gramsci ya no la aplica solamente a la **estrategia** del proletariado sino que la utiliza para pensar las prácticas de las clases dirigentes en general:

*“La investigación debe basarse en el siguiente criterio histórico y político: una clase es dominante en dos sentidos, es decir, es dominante y dirigente. Dirige a las clases aliadas y domina a las clases opuestas”<sup>5</sup>.*

Cuando en este texto Gramsci menciona la dirección de las clases aliadas se refiere, sin duda, a la hegemonía; abundan, además, en los **Cuadernos**, los planteamientos en este sentido. Por ejemplo, unas páginas más adelante, al examinar el papel de los Jacobinos en la Revolución Francesa, afirma: “Convirtieron a la burguesía en la clase dominante pero además (en un sentido) la convirtieron en la clase dirigente hegemónica, es decir que le dieron al Estado una base permanente”<sup>6</sup>. Y explica que fue obligando a la burguesía

5. Todas las referencias a los Cuadernos de Prisión se basan en la edición crítica publicada por Valentino Gerratana, **Antonio Gramsci, Quaderni del Carcere**. I-IV, Einandi, Turin, 1975. En adelante se registrará como QC; QC I, p. 42.

6. QC I, p. 51. Cabe destacar el hecho de que para Gramsci la hegemonía solo se refiere al momento de la dirección y no

a superar su naturaleza corporativa como lograron los Jacobinos convertirla en una clase hegemónica. En efecto, ellos la obligaron a ampliar sus intereses de clase y a descubrir aquellos intereses que tenía en común con los sectores populares. Fue sobre esta base como pudieron los Jacobinos colocarse en los puestos de mando y dirigir la lucha. Volvemos a encontrar aquí entonces la oposición entre clases corporativas y hegemónicas que aparecía en las **Notas sobre la Cuestión Meridional**, pero esta vez aplicada a la burguesía. Empezaba Gramsci a comprender que la burguesía también necesitaba asegurarse el apoyo popular y que la lucha política era mucho más compleja de lo que pensaban quienes obedecían a una perspectiva reduccionista, pues ella no consistía en un simple enfrentamiento entre clases antagónicas sino que suponía siempre complejas relaciones de fuerzas.

Gramsci analiza las relaciones de fuerzas existentes en toda sociedad y, en un pasaje fundamental de sus **Cuadernos**<sup>7</sup>, estudia la transición de la etapa corporativa a la hegemónica. Empieza por distinguir tres niveles principales en las relaciones de fuerzas:

incluye el momento de la dominación, pues varias interpretaciones que consideran a la dominación como parte de la hegemonía, llegan a conclusiones que alteran completamente el carácter del pensamiento de Gramsci. Ver por ejemplo Luciano Gruppi, **II Concetto di Egeconomia in Gramsci**. Editori Riuniti, Roma, 1972 y Massimo Salvadori, “Gramsci e il PCI: due concezioni dell’egemonia”, **Mondo Operario II**, Roma, (nov. 1976).

7. QC I, p.p. 457-59. Este texto fue retrabajado por Gramsci dos años después y se encuentra en su forma definitiva en los Cuadernos 13. Ver QC III, p.p. 1583-1586.

1. La relación de fuerzas sociales ligadas a la estructura y que dependen del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción.

2. La relación de fuerzas políticas, es decir, el grado de conciencia y de organización que existe dentro de los diferentes grupos sociales.

3. La relación de fuerzas militares que, según Gramsci, es siempre el momento decisivo.

En sus análisis de los distintos momentos de la conciencia política, distingue otros tres niveles:

a) El momento **económico primitivo**, en el cual se expresa la conciencia de los intereses profesionales de un grupo, pero todavía no sus intereses como clase social.

b) El momento **económico político**, en el cual se expresa la conciencia de los intereses de clase, pero sólo a un nivel económico.

c) El tercer momento es el de la **Hegemonía**, "en el cual se alcanza la conciencia del hecho de que los intereses corporativos, tanto en su desarrollo presente como en el futuro, rompen el marco corporativo de los grupos puramente económicos y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados"<sup>8</sup>. Según Gramsci, es aquí donde se sitúa el momento específicamente político y este se caracteriza por la lucha ideológica, que trata de establecer la unidad entre objetivos económicos, políticos, e intelectuales, "colocando todos los problemas alrededor de los cuales se libra la lucha, a nivel 'universal', no corporativo, estableciendo así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados"<sup>9</sup>.

8. QC III, p. 1584.

9. Ibid.

En mi opinión, los dos textos que analizan las relaciones de fuerzas son definitivos para entender la concepción de hegemonía de Gramsci y resulta sorprendente que hasta ahora no se les haya otorgado la importancia que merecen<sup>10</sup>. Es justamente en ellos donde Gramsci plantea una concepción de hegemonía bien distinta de la registrada en las **Notas sobre la Cuestión Meridional**, pues aquí ya no se trata de una simple alianza política, sino de una fusión total de objetivos económicos, políticos, intelectuales y morales, efectuada por un grupo fundamental con la alianza de otros grupos **a través de la ideología**, cuando una ideología logra "extenderse sobre toda la sociedad determinando no sólo objetivos económicos y políticos unificados sino también una unidad intelectual y moral"<sup>11</sup>. Por consiguiente, en los **Cuadernos 4** la concepción de hegemonía resulta doblemente enriquecida con respecto a la de Lenin: se extiende a la burguesía y agrega una dimensión nueva y fundamental —es a través de esta última como se realiza la unidad al nivel político—: la dimensión de la dirección intelectual y moral. Solo más tarde desarrollará Gramsci todas las implicaciones de este enriquecimiento, pero es en los **Cuadernos 4** donde la hegemonía asume su dimensión específicamente gramsciana. Sobre la base de lo planteado hasta ahora

10. Estos textos no han pasado totalmente inadvertidos. Varios trabajos sobre Gramsci (por ejemplo el artículo de Leonardo Paggi "La Teoria Generale del Marxismo en Gramsci". *Annali Feltrinelli*, Milán, 1973) le atribuyen alguna importancia, pero no en lo que se refiere a la concepción de hegemonía.

11. QC III, p. 1584.

podemos avanzar, pues, una primera definición tentativa de **clase hegemónica**: es la clase que ha podido articular a sus intereses los de otros grupos sociales, a través de la lucha ideológica. Lo cual, al decir de Gramsci, solo es posible si esta clase renuncia a una concepción estrictamente corporatista pues, para ejercer el liderazgo, tiene que tener en cuenta, auténticamente, los intereses de los grupos sociales sobre los cuales aspira a ejercer la hegemonía: “desde luego supone tener en cuenta los intereses y tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía y esto también supone un cierto equilibrio, es decir que los grupos hegemónicos tendrán que sacrificar en parte su naturaleza corporativa”<sup>12</sup>. Esta concepción de hegemonía arroja consecuencias muy importantes en cuanto se refiere al enfoque de Gramsci sobre la naturaleza y el papel del Estado:

*“El Estado se concibe por lo tanto como el instrumento (órgano) de un grupo particular, destinado a crear condiciones favorables para una expansión máxima del grupo, pero a esta expansión y a este desarrollo se les ve como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías ‘nacionales’. En otros términos, el grupo dominante en concreto está coordinado con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida del Estado se ve como un proceso de formación y desarrollo continuo de un equilibrio inestable —en el plano jurídico— entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados. Los intereses del grupo dominante prevalecen en este*

12. QC I, p. 461.

*equilibrio, pero sólo hasta cierto punto, puesto que nunca pueden reducirse a intereses estrictamente corporatistas*”<sup>13</sup>.

Por lo tanto, es la problemática de la hegemonía la que está en la base de este “ensanchamiento del Estado”, cuya importancia ha resaltado con acierto Christine Buci-Glucksmann<sup>14</sup>.

Esto le permitió a Gramsci romper con la concepción economicista del Estado, considerado tan solo como el instrumento burocrático-coercitivo de la clase dominante, y formular la noción de *Estado integral*, consistente en “dictadura + hegemonía”. No es este el sitio para analizar el aporte de Gramsci a la teoría marxista del Estado —que reviste también la mayor importancia—; me limitaré tan solo a señalar que esta ampliación del Estado opera a dos niveles:

a) Implica la expansión de la base social del Estado y las relaciones complejas entre éste, la clase hegemónica y su base de masas.

b) Implica también la ampliación de las funciones del Estado, puesto que la noción de Estado integral supone la incorporación del aparato de la hegemonía, es decir de la sociedad civil, al Estado.

En cuanto a los métodos por los cuales una clase puede llegar a ser hegemónica, Gramsci distingue dos principales: el primero es el transformismo y el segundo la hegemonía expansiva. Veamos primero el **transformismo**. Es el método gracias al cual durante el Risorgimento el partido Moderado consiguió establecer su hegemonía

13. QC III, p. 1584.

14. Para un análisis de la contribución de Gramsci a la teoría marxista del Estado, ver Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci et L'état*. Fayard, París, 1975.

sobre las fuerzas que luchaban por la unificación. Se trataba de “la absorción gradual pero continua —efectuada con distintos grados de eficacia— de los elementos activos que habían surgido de grupos aliados e, inclusive, de grupos de oposición”<sup>15</sup>.

Fue esta, desde luego, una forma bastardeada de hegemonía y el consenso alcanzado con estos métodos fue sólo un “consenso pasivo”. Gramsci denominó “revolución pasiva” a este proceso por el cual se tomó el poder, puesto que las masas fueron integradas mediante un sistema de absorción y neutralización de sus intereses que les impidió oponerse a los de la clase hegemónica. Gramsci contrapone este tipo de hegemonía lograda mediante la absorción a la que llama hegemonía exitosa, es decir, **hegemonía expansiva**. Esta última debe fundarse en el consenso activo y directo, resultante de una genuina adopción de los intereses de las clases populares por parte de la clase hegemónica, que dé lugar a la creación de una auténtica “voluntad nacional-popular”.

A diferencia de la revolución pasiva, que excluye del sistema hegemónico a amplios sectores de las clases populares, en la hegemonía expansiva el conjunto de la sociedad progresa. Esta distinción entre dos métodos de lograr la hegemonía, permite especificar mejor la definición tentativa de hegemonía que hemos adelantado. En efecto, si definimos hegemonía como la capacidad de una clase para articular a sus intereses los de otros grupos sociales, entonces veremos que esto puede hacerse en dos sentidos muy

15. QC III, p. 2011.

distintos; pueden articularse los intereses de estos grupos en tal forma que se los neutralice evitando así el desarrollo de sus reivindicaciones específicas, o bien pueden articularse en forma tal que promueve su pleno desarrollo y conduzca a la solución final de las contradicciones que ellos expresan.

Los textos que hemos examinado requieren una última observación. En primer lugar, como lo plantea Gramsci en forma inequívoca, solamente una clase fundamental —vale decir, una clase que ocupe uno de los dos polos en las relaciones de producción de un determinado modo de producción— puede llegar a ser hegemónica: “aunque la hegemonía es ético-política, también tiene que ser económica y basarse necesariamente en la función decisoria que los grupos dirigentes desempeñan en el núcleo decisivo de la actividad económica”<sup>16</sup>. Condición que no sólo restringe el número posible de clases hegemónicas, sino que señala las limitaciones posibles de ciertas formas de hegemonía. En efecto, si el ejercicio de la hegemonía conlleva sacrificios económicos y corporativos en la clase que aspira al liderazgo, estos no pueden llegar al punto de comprometer sus intereses básicos. Por consiguiente, tarde o temprano la burguesía reacciona contra las limitaciones de su hegemonía pues, siendo una clase explotadora, a un cierto nivel sus intereses de clase necesariamente chocan con los de las clases populares. Este es, dice Gramsci, un síntoma de que ha agotado su función y de que, a partir de ese momento, “el bloque ideológico tiende a desintegrarse y la

16. QCI, p. 416.

'espontaneidad' puede ser sustituida por formas de represión cada vez menos encubiertas e indirectas que llegan hasta el empleo abierto de los métodos policiales y al **golpe de Estado**"<sup>17</sup>. En consecuencia, sólo la clase obrera, cuyos intereses coinciden con la eliminación de toda explotación, puede llevar a buen término una hegemonía expansiva.

Queda por estudiar todavía el aspecto más importante de la hegemonía en Gramsci. Es el aspecto de la **dirección intelectual y moral** y la manera como ella se ejerce. En efecto, todos los puntos que se han tocado serían perfectamente compatibles con una concepción de hegemonía bajo el enfoque de alianza de clases. Sin embargo, si la hegemonía en Gramsci se limitara a la dirección política, sólo se distinguiría del concepto leninista en que Gramsci no restringe su uso a la estrategia del proletariado sino que lo aplica también a la de la burguesía. Afirmábamos que la concepción gramsciana de hegemonía está doblemente enriquecida con relación a la de Lenin, en la medida en que introduce una nueva dimensión indisolublemente ligada a la dirección política, que es la dirección intelectual y moral. En consecuencia, el establecimiento de la hegemonía se convierte en un fenómeno que va mucho más allá de la alianza de clases.

Así, para Gramsci —y es aquí donde reside su originalidad—, la hegemonía no se presenta en una alianza de clases puramente instrumental a través de la cual las **reivindicaciones clasistas** de las clases aliadas se expresan en términos de la

17. QC III, p. 2012.

clase fundamental, mientras cada grupo conserva su propia individualidad y su propia ideología al interior de la alianza. Según él, la hegemonía involucra la creación de una **síntesis más elevada**, de modo que todos sus elementos se funden en una "voluntad colectiva" que pasa a ser el nuevo protagonista de la acción política, que funcionará como el sujeto político mientras dure esa hegemonía. Es a través de la ideología como se forma esta voluntad colectiva, toda vez que su existencia misma depende de la creación de una unidad ideológica que servirá de "cemento"<sup>18</sup>. Y esta es la clave del vínculo inextricable entre los dos aspectos de la hegemonía en Gramsci, puesto que la formación de la voluntad colectiva y el ejercicio de la dirección política depende de la existencia misma de la dirección intelectual y moral. Dar cuenta de estos dos aspectos y de la forma como se articulan, representa sin duda la mayor dificultad al abordar cualquier estudio sobre la concepción de hegemonía en el pensamiento gramsciano.

Ello explica, inclusive, por qué no se ha producido todavía una definición amplia de hegemonía, a pesar de la profusión de estudios que existe sobre la materia. Es así como la mayoría de las interpretaciones destaca unilateralmente cualquier aspecto, dando lugar a interpretaciones muy diferentes y a veces opuestas, según se ponga énfasis en la dirección política, en la moral o en la intelectual<sup>19</sup>. Y las pocas interpretaciones que sí

18. QC II, p. 1380.

19. Destacar exclusivamente la dirección política, conduce a reducir la hegemonía de Gramsci a la concepción

tratan de explicar ambos aspectos conjuntamente, parten de una concepción errónea de alguno de los dos, o bien, del vínculo que los liga.

Finalmente, si queremos producir una definición adecuada de la concepción de hegemonía en Gramsci, que dé cuenta de su especificidad sin ignorar ninguna de sus potencialidades, es importante poder pensar teóricamente el tipo de relación que vincula a estos dos componentes, es decir, el secreto de su unidad, e identificar las principales características que de ella resultan. Para hacerlo, habría que responder al siguiente interrogante: ¿cómo forjar una verdadera unidad ideológica entre diferentes grupos sociales, de modo que se unan en un solo sujeto político? Desde luego para responder a esta pregunta es necesario analizar la concepción de ideología que —implícita o explícitamente— está presente en obra de Gramsci. Mostraremos luego por qué es imposible dar una relación coherente de la especificidad de la concepción gramsciana desde la perspectiva de una problemática economicista de la ideología<sup>20</sup>.

leninista de hegemonía como alianza de clases. En su intervención en el Congreso de Cagliari en 1968 ("Gramsci e la Concezione della Società Civile"), Norberto Bobbio fue el primero en insistir en la especificidad de la concepción gramsciana y en la importancia que esta le atribuía a la dirección moral e intelectual. Sin embargo la interpretación de Bobbio no consigue aclarar la articulación de esta última con la economía y conduce a una interpretación excesivamente "superestructural" del pensamiento de Gramsci.

20. Una expresión típica de este género de interpretación consiste en presentar la hegemonía como una alianza de clases, en donde una de las dos le impone a la otra su ideología de clase. En la tercera parte volvemos sobre este problema.

## Hegemonía e Ideología

El mejor punto de partida para analizar la concepción de ideología que subyace en la problemática gramsciana de la hegemonía, es estudiar en qué forma ve Gramsci el proceso de formación de una nueva hegemonía. Las notas sobre la necesidad de formar una nueva voluntad colectiva a través de la reforma intelectual y moral, que será la tarea del partido como "moderno príncipe", son, por consiguiente, las más reveladoras en esta materia<sup>21</sup>. Pero antes debemos discutir los pocos textos en donde expone Gramsci explícitamente su concepción de ideología.

### *La problemática de la Ideología*

Desde el comienzo Gramsci se coloca en un terreno enteramente distinto de quienes ven a la ideología como falsa conciencia o como un sistema de ideas que las reducen a meras apariencias carentes de toda eficacia:

*"La pretensión —presentada como postulado esencial del materialismo histórico— de que es posible presentar cada fluctuación de la política y de la ideología como la expresión inmediata de la estructura, debe rechazarse a nivel teórico como una forma primitiva del infantilismo y combatirse en la práctica con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas"*<sup>22</sup>.

21. Estas se encuentran sobre todo en los Cuadernos 13, "Noterelle sulla Política del Machiavelli". QC III, p.p. 1555-1652.

22. QC II, p. 851.



De acuerdo con Gramsci, el punto de partida de toda investigación sobre la ideología es la tesis marxista según la cual "los hombres adquieren conciencia de sus tareas en el terreno ideológico de las superestructuras"<sup>23</sup>, de manera que estas últimas —afirma— deben considerarse como "realidades operantes dotadas de eficacia propia", y si a veces Marx las llama ilusiones es solo en sentido polémico para especificar claramente su carácter histórico y transitorio. Gramsci formulará su propia definición de ideología como el terreno "donde los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición y luchan"<sup>24</sup>.

Y agrega que la ideología debe ser como un campo de batalla, como una lucha continua, porque en los hombres la adquisición de conciencia a través de la ideología no se da como proceso individual sino siempre a través de la intermediación del terreno ideológico en donde dos "principios hegemónicos" se enfrentan<sup>25</sup>. La adquisición de conciencia por parte del individuo, solo resulta posible a través de una formación ideológica constituida no sólo por elementos discursivos sino también por elementos no discursivos, que Gramsci designa con el término bastante vago de "conformismo"<sup>26</sup>. Pero su intención se aclara cuando señala que la adquisición de esta conciencia necesaria a través del conformismo resulta en el hecho de que "uno siempre es hombre-masa u hombre-colectivo"<sup>27</sup>. Ciertamente se encuentra

23. QC I, p. 437.

24. QC II, p. 869.

25. QC I, p. 337.

26. QC II, p. 1236.

27. QC II, p. 1376.

aquí la idea de que los sujetos no son lo originalmente dado sino que son producidos por la ideología en un campo socialmente determinado, de modo que la subjetividad es siempre el producto de la práctica social. Esto implica que la ideología tiene una existencia material y que, lejos de ser un conjunto de realidades espirituales, se da siempre materializada en prácticas. La naturaleza de la ideología como práctica queda reforzada con la identificación que establece Gramsci entre ideología y religión (en el sentido crociano de una visión del mundo con sus correspondientes normas de acción), en la medida en que permite subrayar que la ideología organiza la acción. Considera Gramsci que en toda acción se manifiesta una visión del mundo y que ella puede expresarse en formas muy elaboradas y a un alto nivel de abstracción —como en el caso de la filosofía— o bien, en formas mucho más simples, como la manifestación del "sentido común", que se presenta como la filosofía espontánea del hombre de la calle, pero que es la expresión popular de filosofías "más elevadas"<sup>28</sup>. Estas visiones del mundo nunca son hechos individuales sino la expresión de "la vida comunitaria de un bloque social", razón por la cual Gramsci las llama "ideologías orgánicas"<sup>29</sup>. Son ellas las que "organizan a las masas humanas" y sirven de principio informativo de todas las actividades individuales y colectivas, porque es a través de ellas como el hombre adquiere todas sus formas de conciencia<sup>30</sup>. Pero si

28. QC II, p. 1063.

29. QC II, p. 868.

30. QC II, p. 1492.

es a través de las ideologías orgánicas como los hombres adquieren todas sus formas de conciencia y si aquellas son las visiones del mundo propias de bloques sociales particulares, se sigue que todas las formas de conciencia son necesariamente políticas. Lo cual le permite a Gramsci trazar la siguiente ecuación: filosofía = ideología = política. Por lo general se malinterpreta esta identificación, lo que explica todas las falsas interpretaciones del historicismo gramsciano que lo presentan como una lectura hegeliana del marxismo<sup>31</sup>. En realidad lo que Gramsci intenta pensar es el papel de la subjetividad, pero de tal manera que ésta no aparezca como la irrupción de la conciencia individual en la historia. Para lograrlo, no coloca a la conciencia como dada originalmente sino como efecto del sistema de relaciones ideológicas en el cual se inserta el individuo. Por lo tanto, es la ideología la que crea a los sujetos y los mueve a actuar.

Que la ideología es una práctica productora de sujetos, parece ser la verdadera idea implícita en las reflexiones de Gramsci sobre la naturaleza operativa y activa de la ideología y sobre su identificación con la política.

Con todo, él no disponía de las herramientas teóricas necesarias para expresar adecuadamente esta intuición y debió limitarse a referirse a ella con fórmulas ambiguas fuertemente influidas

31. La mayoría de los autores que critican a Gramsci por esa razón, se basan en la crítica del historicismo implementada por Luis Althusser en *Lire le Capital*, donde erróneamente, en mi opinión, se asimila la problemática de Gramsci a la de Lukacs.

por el historicismo croceano. Tomemos por ejemplo la definición de ideología como “una visión del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en las actividades económicas, en todas las manifestaciones individuales y colectivas de la vida”<sup>32</sup>. Si examinamos esta definición a la luz de aquella que interpreta a la ideología como una visión del mundo con sus correspondientes normas de acción y recordamos la reiterada insistencia de Gramsci sobre el hecho de que la ideología es el terreno en el cual los hombres adquieren todas sus formas de conciencia, resulta evidente que dicha definición —lejos de llevar a la conclusión de que Gramsci se mueve dentro de la problemática hegeliana de la totalidad expresiva en donde la ideología juega el papel central—, debe entenderse como una alusión al hecho de que es por medio de la ideología como se crean todos los tipos posibles de “sujetos”.

Otro aspecto original en la problemática de la ideología de Gramsci es la importancia que le atribuye a la **naturaleza material e institucional de la práctica ideológica**. Gramsci insiste en que esta práctica posee sus propios agentes, vale decir, los **intelectuales**. En ellos descansa la responsabilidad de elaborar y difundir las ideologías orgánicas<sup>33</sup>, y el compromiso de llevar a cabo la reforma moral e intelectual<sup>34</sup>. Gramsci los clasifica en dos categorías principales, según que pertenezcan a una de las dos clases fundamentales (intelectuales orgánicos), o bien a las clases que

32. QC II, p. 1380.

33. QC III, p. 1518.

34. QC II, p. 1407.

expresan modos de producción anteriores (intelectuales tradicionales). Además de resaltar el papel de los intelectuales, Gramsci subraya la importancia de la estructura material e institucional en la elaboración y difusión de la ideología. Esta estructura está conformada por distintos **aparatos hegemónicos**: las escuelas, las iglesias, el conjunto de los medios de comunicación e, inclusive, la arquitectura y los nombres de las calles<sup>35</sup>. A este conjunto de aparatos, Gramsci lo denomina **estructura ideológica** de una clase dominante y al nivel de la superestructura, donde la ideología se produce y se crea, lo llama **sociedad civil**. Esta es el conjunto de las instituciones "privadas" a través de las cuales se ejerce la hegemonía política y social de un grupo social<sup>36</sup>.

Ahora resulta obvio que hemos recorrido un largo camino con respecto a la problemática economicista de la ideología y que Gramsci debe ser ubicado en un contexto diferente. Lo que resulta enteramente nuevo en él es, la comprensión de la naturaleza material de la ideología y del hecho de que ésta constituye una práctica materializada en el interior de ciertos aparatos, cuyo papel práctico-social es indispensable en todas las sociedades. El intuyó que esta práctica consiste en la producción de sujetos, pero no alcanzó a formular esta intuición teóricamente. Por lo demás, no debe olvidarse que Gramsci expresó todas estas nuevas ideas en una forma ambigua, que hoy resulta anticuada porque, según decíamos, la única tradición intelectual a su alcance

35. QC I, p. 332.

36. QC I, p. 476.

que pudiera ayudarle en la elaboración de una problemática anti-economicista, era el historicismo de Croce. En todo caso, Gramsci jamás se propuso elaborar una teoría acabada de la ideología y su pensamiento a este respecto no se presenta en forma sistemática. Con todo, parece posible afirmar que la problemática de Gramsci se anticipó a Althusser en varios aspectos: en señalar la naturaleza material de la ideología, su existencia como nivel necesario en todas las formaciones sociales y su función como productora de sujetos. Puntos todos que están implícitos en Gramsci, si bien fue Althusser el primero en formularlos bajo la forma de una concepción rigurosa.

*Una concepción no-reduccionista.* Pero la contribución de Gramsci a la teoría marxista de las ideologías no se limita a mostrar que éstas son realidades objetivas y operativas, tan reales como la economía misma, y que juegan un papel decisivo en todas las formaciones sociales. Tal concepción apenas si superaría el primer aspecto del economicismo y podría coexistir con formas complicadas de reduccionismo. Ahora bien, Gramsci no se contentó con criticar simplemente la concepción epifenomenalista; fue mucho más lejos y cuestionó la concepción reduccionista que hacía de la ideología una función de la posición de clase de los sujetos. No cabe duda de que este constituye el aspecto más importante y original de su contribución. Pero infortunadamente es también el aspecto menos comprendido. De ahí que todas las posibilidades que él le abría al análisis marxista hayan quedado virtualmente sin desarrollarse.

Hay que reconocer que este es un terreno bastante más difícil, porque Gramsci nunca presentó

explícitamente la problemática anti-reduccionista, si bien esta existe, **en la práctica**, en su particular concepción de hegemonía. No obstante, antes de embarcarnos en el estudio de los textos que servirán como puntos de referencia, vale la pena recapitular brevemente los tres principios que inspiran la problemática reduccionista de la ideología, pues así podremos marcar más fácilmente la diferencia existente entre esta concepción y la de Gramsci. Los tres principios son estos:

- 1) Todos los sujetos son sujetos de clase.
- 2) Las clases sociales tienen sus propias ideologías paradigmáticas.
- 3) Todos los elementos ideológicos tienen una necesaria connotación de clase.

El desacuerdo de Gramsci con el primer principio salta a la vista. Según él, no puede identificarse a los sujetos de la acción política con las clases sociales. Como hemos visto, los primeros son "voluntades colectivas" que obedecen a leyes específicas puesto que son la expresión política de sistemas hegemónicos creados a través de la ideología. En consecuencia, los sujetos (las clases sociales) que existen en el nivel económico, no se duplican en el nivel político; a este nivel se crean, en cambio, diferentes sujetos "inter-clases". He aquí el rompimiento de Gramsci con el primer principio del reduccionismo, que le suministra la base teórica necesaria para visualizar la hegemonía, no como una mera alianza de clase sino como la creación de una unidad superior en donde se fusionan quienes pertenezcan al bloque hegemónico. Sabemos que esta fusión se realizará a través de la ideología, mas no cómo ni sobre qué bases. Aquí tendremos que responder al interrogante

que nos formulábamos antes: ¿cómo puede crearse una auténtica unidad ideológica entre grupos sociales distintos?

Existen dos soluciones posibles a este problema. La primera, es la única que podría formularse desde la perspectiva de una problemática reduccionista de la ideología —como lo ilustran los principios 2 y 3—. Consiste en concebir esta unidad ideológica como la imposición de la ideología de clase del grupo principal sobre los grupos aliados. Esto lleva a definir a una clase hegemónica como aquella que ha logrado obtener el consenso ideológico de los otros grupos sobre la base del papel que su propia ideología juega como ideología dominante, y a reducir la problemática de la hegemonía en Gramsci a un simple fenómeno de inculcación ideológica. Es el tipo de respuesta que subyace, por ejemplo, en la interpretación que Nicos Poulantzas hace de la hegemonía en Gramsci<sup>37</sup>. En la medida en que —argumenta Poulantzas— la hegemonía en Gramsci se refiere a una situación en donde la dominación de clase implica una función de dirección a través de la cual se logra el consenso activo de la clase dominada, la noción de hegemonía es semejante a la noción de conciencia de clase-visión del mundo de Lukacs y semejante también, por lo tanto, a la problemática hegeliana del sujeto. Afirma Poulantzas que, de transponerse este tipo de problemática al marxismo, se llegaría a la concepción de que la clase es el sujeto de la historia, el principio genético totalizador de las instancias de una for-

37. Nicos Poulantzas, *Political Power and Social Classes*. NLB, Londres, 1973.

mación social. En este contexto, "la 'ideología-conciencia-visión del mundo' de la clase es vista como sujeto de la historia; vale decir, es la ideología de la clase hegemónica la que cimienta la unidad de una formación, en la medida en que determina la adhesión de las clases dominadas en un determinado sistema de dominación"<sup>38</sup>. Semejante interpretación del pensamiento gramsciano sólo es posible si uno identifica a la hegemonía con la imposición de la ideología dominante —entendida aquí en el sentido lukacsiano de la visión del mundo-conciencia de clase de la clase dominante—.

Me parece que lo demostrado hasta ahora es suficiente para dejar en claro que ésta es una interpretación totalmente incorrecta del pensamiento de Gramsci. Interpretación que le impide a Poulantzas aprehender todo el alcance de la concepción de hegemonía en Gramsci y lo lleva a encontrar en ella elementos incoherentes, especialmente en cuanto a la extensión de esta concepción a la estrategia del proletariado. Poulantzas rechaza esta extensión pues ella implica "que una clase le impone a una formación su propia visión del mundo y por consiguiente conquista de hecho el lugar de la ideología, dominante antes de conquistar el poder político"<sup>39</sup>.

Gramsci no sólo señala la posibilidad de que una clase llegue a ser hegemónica antes de la toma del poder, sino que lo considera **necesario**. ¿Puede hablarse realmente de incoherencia de su parte? Si así fuera, esto afectaría seriamente el

38. Ibid, p. 138.

39. Ibid, p. 204.

conjunto de su obra, dada la importancia que esta concepción tiene en su pensamiento. Por otra parte, ¿no se trataría más bien de que Gramsci tiene una manera de entender la hegemonía distinta de la que Poulantzas le atribuye, es decir una manera que aborda el problema de la creación de una unidad ideológica a partir de una concepción no-reduccionista de la ideología? Este es el caso en realidad y es lo que explica por qué durante tanto tiempo este aspecto fundamental del pensamiento gramsciano ha pasado inadvertido: porque era absolutamente **impensable** dentro de la problemática reduccionista, dominante, en el pensamiento marxista<sup>40</sup>.

Debemos ahora presentar esta segunda solución —que es la que se encuentra en Gramsci— al problema de la posibilidad de formar una unidad ideológica entre distintos grupos sociales. Solución que no consiste, por supuesto, en la imposición de la ideología de clase de uno de los grupos sobre los otros. Un análisis de la manera como Gramsci visualiza el proceso que conduce a la constitución de una nueva hegemonía a través de

40. Por eso inclusive los autores que **intuyeron** la radical novedad de la concepción gramsciana de hegemonía, no lograron pensarla. Es, en mi opinión, el caso de C. Bucu-Glucksman, op. cit. En cuanto a los trabajos sobre Gramsci en inglés, la tendencia dominante ha sido identificar hegemonía con dominación ideológica. Como excepción, ver Hall, Lumley y MacLennan, "Politics and Ideology: Gramsci". **Cultural Studies** 10, 1977; Raymond Williams, **Marxism and Literature**. Oxford University Press, 1977. La forma como estos autores presentan el problema de la hegemonía en varios aspectos guarda semejanza con la que se encuentra en este artículo.

la reforma intelectual y moral, arrojará luz sobre esta materia.

Como ya hemos dicho, la importancia de la reforma intelectual y moral descansa en el hecho de que la hegemonía de una clase fundamental consiste en la creación de una "voluntad colectiva" (sobre la base de una visión del mundo común que servirá de principio unificador) en donde se fusionen esta clase y sus aliados para formar un "hombre colectivo":

*"De aquí puede deducirse la importancia del 'momento cultural' aún en las actividades prácticas (colectivas): cada acto histórico está producido inevitablemente por el 'hombre colectivo', es decir, presupone la obtención de una unidad 'cultural-social' por medio de la cual se fusionen en un solo objetivo una multiplicidad de voluntades dispares con objetivos heterogéneos, sobre la base de una única (idéntica) visión del mundo"*<sup>41</sup>.

En consecuencia, la creación de una nueva hegemonía implica la transformación del terreno ideológico anterior y la creación de una nueva visión del mundo que le servirá de principio unificador a una nueva voluntad colectiva. Este es el proceso de transformación ideológica que Gramsci denomina "reforma intelectual y moral". Los dos pasajes siguientes resultan sumamente significativos en este contexto:

*"Lo que es importante es la crítica que los primeros representantes de la nueva fase histórica dirijan a un conjunto ideológico semejante: gracias a esta crítica se produce un proceso de dis-*

41. QC II, p. 1330.

*tinción y de cambio en el peso relativo de los elementos de la vieja ideología; lo que era secundario o subordinado o, incluso, incidental, adquiere una importancia primordial, se convierte en el núcleo de un nuevo cuerpo doctrinario e ideológico. La vieja voluntad colectiva se disuelve en sus elementos contradictorios, de manera que los elementos subordinados pueden desarrollarse socialmente"*<sup>42</sup>.

*"Por otro lado, ¿cómo debe formarse esta conciencia histórica, propuesta como conciencia autónoma? ¿Cómo debe escoger y combinar cada cual los elementos para la conformación de esta conciencia autónoma? Cada elemento impuesto ¿tendrá que ser repudiado a priori? Tendrá que repudiarse en la medida en que es impuesto pero no en sí mismo, es decir que será necesario darle una nueva forma, que es específica del grupo dado"*<sup>43</sup>.

Aquí afirma Gramsci con toda claridad que la reforma intelectual y moral no consiste en arrasar con la visión del mundo existente sustituyéndola por otra completamente nueva y ya formulada. Consiste más bien en un proceso de transformación —orientado a producir una nueva forma— y de rearticulación de los elementos ideológicos existentes. De acuerdo con su concepción, un sistema ideológico consiste en un tipo particular de articulación de los elementos ideológicos, a los cuales se les otorga un cierto "peso relativo". El objetivo de la lucha ideológica no es rechazar el sistema hegemónico en la totalidad de

42. QC II, p. 1058 (el subrayado es mío).

43. QC III, p. 1875 (el subrayado es mío).

sus elementos sino rearticularlo, descomponerlo en sus elementos básicos y luego seleccionar entre los conceptos pasados aquellos que, con algunos cambios de contenido, puedan servir para expresar la nueva situación<sup>44</sup>. Finalmente, los elementos escogidos son rearticulados en un nuevo sistema.

Es natural que, encarada de este modo, la reforma moral e intelectual resulte incómprensible dentro de una problemática reduccionista que postule la existencia de ideologías paradigmáticas para cada clase social y la necesaria connotación de clase de todos los elementos ideológicos. Si efectivamente se acepta la hipótesis reduccionista, la reforma intelectual y moral consistiría tan sólo en reemplazar una ideología de clase por otra. Así, en el caso de la hegemonía de la clase obrera, esta tendría que sustraer de la influencia de la ideología burguesa a los grupos sociales que necesita como aliados e imponerles su propia ideología. Para conseguirlo tendría que combatir la ideología burguesa y rechazar de plano todos sus elementos, puesto que estos son intrínseca e irremediamente burgueses y puesto que la presencia de uno de estos elementos en el discurso socialista probaría que la ideología de la clase obrera habría sido contaminada por la ideología burguesa. En este caso, la lucha ideológica se reduciría siempre al enfrentamiento de dos sistemas cerrados y previamente determinados. Esta, desde luego, no es la concepción de Gramsci y la información disponible hasta el presente permite aseverar que su concepción de ideología

44. QC II, 1322.

**no puede ser reduccionista**, pues en ese caso su manera de visualizar la reforma intelectual y moral sería totalmente incomprensible.

¿Cuál es entonces la concepción de ideología implícita en la teoría gramsciana de la hegemonía? Para aclararlo, es preciso determinar antes el tipo de respuesta que da Gramsci a las siguientes preguntas:

- 1) ¿Qué es lo que constituye el principio de un sistema ideológico?
- 2) ¿Cómo puede determinarse el carácter de clase de una ideología o de un elemento ideológico?

Siendo éste uno de los aspectos menos desarrollado del pensamiento de Gramsci, tendremos que contentarnos con algunas indicaciones más bien imprecisas que necesitarán someterse a la prueba de una lectura sintomal. Para comenzar recordemos los elementos del problema que hemos analizado. Sabemos que, según Gramsci, la hegemonía —que solo es posible para una clase fundamental— consiste en el ejercicio del liderazgo político, intelectual y moral, solidificado por una visión unitaria del mundo (ideología orgánica). También sabemos que la dirección intelectual y moral ejercida por la clase hegemónica no consiste en la imposición de su ideología de clase sobre los grupos aliados. Una y otra vez resalta Gramsci el hecho de que toda relación hegemónica es necesariamente “pedagógica y se da entre las distintas fuerzas que la componen”<sup>45</sup>. Insiste además en que en un sistema hegemónico debe

45. QC II, p. 1331.

haber democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos<sup>46</sup>.

Esto, desde luego, también es válido en el nivel ideológico e implica que esta visión unitaria del mundo que unifica al bloque hegemónico es realmente la expresión orgánica de todo el bloque (lo que explica el significado principal del término ideología orgánica). Esta visión del mundo incluye, pues, elementos ideológicos de origen variado pero su unidad deriva de su principio articulador y éste será siempre suministrado por la clase hegemónica. A este principio articulador Gramsci lo denomina **principio hegemónico**. En ningún lugar define este término con mucha precisión pero, al parecer, para él implica un sistema de valores cuya realización depende del papel central que la clase fundamental juega al nivel de las relaciones de producción. En consecuencia, la dirección intelectual y moral que una clase fundamental ejerce en un sistema hegemónico consiste en suministrar el principio articulador de la visión unitaria del mundo, el sistema de valores al cual se articularán los elementos ideológicos procedentes de los otros grupos, para formar un sistema ideológico unificado es decir, una ideología orgánica. Esta siempre será un conjunto complejo cuyo contenido no puede determinarse de antemano, porque depende de toda una serie de factores históricos y nacionales y, además, de las relaciones de fuerzas existentes en un momento particular de la lucha por la hegemonía. Por lo tanto, los elementos ideológicos adquieren su carácter de clase —que no les es intrínseco—,

46. QC II, p. 1056.

gracias a su articulación a un principio hegemónico. Así, la lucha ideológica es un proceso de **desarticulación-rearticulación** de elementos ideológicos dados, en una lucha entre dos principios hegemónicos por apropiarse de dichos elementos; no consiste en el enfrentamiento entre dos visiones del mundo cerradas y ya elaboradas. Los conjuntos ideológicos que existen en un momento dado provienen, pues, de las relaciones de fuerzas entre principios hegemónicos rivales y experimentan un perpetuo proceso de transformación<sup>47</sup>.

Estamos ahora en condiciones de responder a nuestras dos preguntas:

1) El principio unificador de un sistema ideológico está constituido por el principio hegemónico que articula a todos los otros elementos ideológicos. Es siempre la expresión de una clase fundamental.

2) El carácter de clase de una ideología o de un elemento ideológico proviene del principio hegemónico que actúa como su centro articulador.

Pero todavía estamos lejos de haber resuelto todos los problemas. Por ejemplo, el de la naturaleza de los elementos ideológicos que no tienen un necesario carácter de clase. No está claro lo que expresan y Gramsci no lo dice. Con todo, podemos encontrar algunos indicios precisos, muy significativos, que anuncian una solución. En un pasaje donde reflexiona sobre lo que determinará la victoria de un principio hegemónico sobre otro, Gramsci afirma que un principio hegemónico no se impone en virtud de su naturaleza lógica

47. QC III, p. 1863.



intrínseca, sino cuando logra convertirse en una "religión popular"<sup>48</sup>. ¿Cómo interpretar este postulado? En otra parte, Gramsci reitera que una clase que quiere llegar a ser hegemónica tiene que "nacionalizarse"<sup>49</sup>. Y luego dice: "la forma particular en que se presenta el elemento ético-político hegemónico en la vida del Estado y del país es el 'patriotismo' y el 'nacionalismo', que son la 'religión popular', es decir el vínculo que produce la unidad entre los dirigentes y los dirigidos"<sup>50</sup>. Para entender lo que Gramsci quiere decir, es preciso remitir estos planteamientos a su concepción de lo "nacional-popular". Concepción que, aunque formulada parcialmente, desempeña un papel importante en su pensamiento. Para Gramsci todo cuanto exprese al "pueblo-nación" es "nacional-popular"<sup>51</sup>. La hegemonía exitosa es la que logra crear una "voluntad colectiva nacional-popular", y para que esto suceda la clase dominante tiene que haber sido capaz de articular a su principio hegemónico todos los elementos ideológicos nacional-populares, condición inexcusable para que aparezca como la clase que representa el interés general.

Por eso es que en la lucha encarnizada entre las clases que se disputan la hegemonía, muchas

48. QC II, p. 1884.

49. QC III, p. 1729.

50. QC II, p. 1084.

51. Esta es una concepción que Gramsci desarrolla sobre todo con respecto a su aplicación a la literatura (QC III, p.p. 2113-2120) pero él también señala que todas las manifestaciones ideológicas o políticas pueden tener un carácter "nacional-popular" cuando existe un vínculo orgánico entre los intelectuales y el pueblo.

veces entran en juego los elementos ideológicos que expresan lo "nacional-popular". A este respecto, Gramsci señala algunos cambios de significado experimentados en términos como "nacionalismo" y "patriotismo", en la medida en que clases fundamentales diferentes se los apropian y los articulan a distintos principios hegemónicos<sup>52</sup>. De otro lado, pone énfasis en el papel de estos términos como vínculo que conduce a crear la unidad entre dirigentes y dirigidos y a proporcionar la base para una religión popular.

Podemos ahora comprender la afirmación de Gramsci según la cual un principio hegemónico se consolida cuando consigue convertirse en religión popular. Significa esto que la lucha de una clase por la hegemonía consiste ante todo en el intento de articular a su discurso todos los elementos ideológicos nacional-populares. Es así como puede "nacionalizarse"<sup>53</sup>.

En consecuencia, la concepción de ideología que encontramos en estado práctico en la problemática gramsciana de la hegemonía consiste en considerarla como una práctica que transforma el carácter de clase de los elementos ideológicos mediante la articulación de estos a un

52. QC II, p. 1237.

53. Los planteamientos de Gramsci, naturalmente, no suministran una solución para el problema de la naturaleza de los elementos ideológicos no-clasistas. Simplemente sugieren el tipo de respuesta que Gramsci podría tener en mente. Pero este problema exige una solución teórica rigurosa. Una posible línea de investigación es la que Ernesto Laclau desarrolla en su libro **Politics and Ideology in Marxist Theory**. NLB, 1977, en donde trata la especificidad de la contradicción popular-democrática.

principio hegemónico distinto de aquel que los articulaba previamente. Lo cual supone que estos elementos no expresan en sí mismos intereses de clase, sino que el discurso al cual están articulados y el tipo de sujeto creado por ese discurso le confieren el carácter de clase.

*Hegemonía y guerra de posición.* Es sólo ahora, después de haber explicitado la problemática anti-reduccionista de la ideología que el concepto gramsciano de hegemonía implica, cuando podemos entender el significado y **todo el alcance** de este concepto de hegemonía; una clase es hegemónica cuando logra articular a su discurso la abrumadora mayoría de los elementos ideológicos característicos de una determinada formación social, en particular los elementos nacional-populares que le permiten convertirse en la clase que expresa el interés nacional. Por lo tanto, la hegemonía de una clase es un fenómeno más complejo que el de la simple dirección política: esta última es, en efecto, la consecuencia de otro aspecto que posee una importancia primordial. Es la creación de un discurso ideológico coherente y unificado, resulta de la articulación al sistema de valores de una clase de aquellos otros elementos ideológicos existentes en una coyuntura histórica determinada de la sociedad en cuestión. Porque estos elementos no tienen necesariamente connotaciones de clase, constituyen el terreno de la lucha ideológica entre las dos clases que se enfrentan por la hegemonía. En consecuencia, si una clase llega a ser hegemónica no será, como quisieran algunos intérpretes de Gramsci, porque consiga imponer sobre la sociedad su ideología de clase, o porque establezca mecanismos para legitimar su poder de clase.

Este tipo de interpretación altera completamente la naturaleza del pensamiento de Gramsci porque reduce su concepción de ideología a la concepción marxista tradicional de la falsa conciencia, que necesariamente lleva a presentar la hegemonía como un fenómeno de inculcación ideológica. Ahora bien, es justamente contra este tipo de reduccionismo que Gramsci se rebela cuando afirma que "la política no es un 'marché de dupes'"<sup>54</sup>. Para él la ideología no es la justificación mistificada-mistificadora de un poder de clase ya constituido; es el "terreno en donde los hombres adquieren conciencia de sí mismos", y la hegemonía, por lo tanto no puede reducirse a un proceso de dominación ideológica.

Una vez entendido el verdadero sentido de la hegemonía en Gramsci, todas las seudoincoherencias de su obra desaparecen. Se aclara, por ejemplo, el problema de saber por qué Gramsci utiliza su concepción indistintamente para designar las prácticas de la burguesía y las de la clase obrera, y por qué contempla la posibilidad de la hegemonía de una clase antes de la toma del poder. El vínculo que se había establecido entre hegemonía y dominación ideológica impedía apreciar la coherencia interna del pensamiento de Gramsci y lo presentaba lleno de antinomias. Pero una vez establecida la problemática de la ideología que opera en estado práctico en la concepción gramsciana, todas sus otras concepciones encajan naturalmente en un conjunto perfectamente estructurado y el sentido subyacente de su pensamiento se manifiesta en toda su coherencia.

---

54. QC III, p. 1595.

Daré solo un ejemplo, pero es un ejemplo de crucial importancia, ya que se refiere a la concepción que le sirve de base a Gramsci para construir el conjunto de su estrategia para la transición hacia el socialismo en Occidente, me refiero a la guerra de la posición.

El pensamiento de Gramsci sobre la estrategia de la clase obrera en su lucha por el socialismo se organiza en torno a su concepción de hegemonía: su punto de partida es la ampliación del concepto de hegemonía que, según vimos, Gramsci empezó a considerar aplicable también a la burguesía, porque entendía que el poder del Estado no se limitaba al poder de una sola clase y que la burguesía había logrado asegurarse una "base histórica", un grupo de aliados gobernados por ella, a través de sus aparatos hegemónicos. En este sentido, había creado un "hombre-colectivo", que funcionaba como sujeto político autónomo. De aquí concluyó Gramsci que la lucha política no tiene lugar únicamente entre las dos clases antagónicas fundamentales, ya que los "sujetos políticos" no son clases sociales sino "voluntades colectivas", que abarcan un conjunto de grupos sociales fusionados alrededor de una clase fundamental. Y si la lucha entre las clases antagónicas constituye en última instancia el nivel determinante de toda lucha política, la lucha de todos los demás grupos de una formación social, no obstante, tiene que articularse a ella. Estos otros grupos suministran la "base histórica" de una clase dominante y es en este terreno en donde tiene lugar la lucha por la hegemonía —en virtud de la cual una clase fundamental intenta ganar la adhesión de los otros grupos sociales—. En consecuencia el proceso revolucionario no puede res-

tringirse a un movimiento organizado sobre estrictas líneas de clase, que tendería a desarrollar una conciencia puramente proletaria, desligada del resto de la sociedad. En efecto, el camino hacia la hegemonía exige tener en cuenta un doble proceso: la conciencia de sí mismo como grupo autónomo y la creación de una base del consenso:

*"El estudio del desarrollo de estas fuerzas innovadoras, desde los grupos subalternos hasta los grupos dirigentes, tiene que empeñarse, sin embargo, en la búsqueda e identificación de las fases a través de las cuales ellas han adquirido autonomía con relación a los enemigos que deberán derrotar. También debe indagar sobre la adhesión de los grupos que en forma activa o pasiva las han ayudado, pues todo este proceso fue históricamente necesario para que pudieran unirse en un Estado. El nivel de conciencia histórico-político que estas fuerzas innovadoras han obtenido progresivamente y por fases, está medido por estos dos patrones y no sólo por su separación de las fuerzas dominantes anteriores"*<sup>55</sup>.

En consecuencia, resulta vital que la clase obrera no se aisle en un ghetto minúsculo de purismo proletario. Al contrario, debe tratar de convertirse en una "clase nacional", representando los intereses de un creciente número de grupos sociales. Para lo cual debe destruir las bases históricas de la hegemonía burguesa, desarticulando el bloque ideológico que expresa a la dirección intelectual de la burguesía. Sólo bajo esta condición podrá la clase obrera rearticular

55. QC III, p. 2289.

un nuevo sistema ideológico que le sirva de cemento al bloque hegemónico en cuyo seno ella desempeñará el papel de fuerza dirigente. Este proceso de desarticulación-rearticulación constituye la célebre “guerra de posición”, que Gramsci concibe como la estrategia revolucionaria que mejor se adapta a los países en donde la burguesía ha logrado asentar firmemente su hegemonía, merced al desarrollo de la sociedad civil. A menos que se haya captado el verdadero significado de la hegemonía en Gramsci —que consiste en la capacidad de una clase fundamental para articular a su discurso los elementos ideológicos característicos de una determinada formación social— será imposible entender la naturaleza de la guerra de posición.

En efecto, la guerra de posición es el proceso de lucha ideológica a través del cual las dos clases fundamentales pugnan por apropiarse de los elementos ideológicos no-clasistas para integrarlos al sistema ideológico que se articula alrededor de sus respectivos principios hegemónicos. Esta es, en consecuencia, sólo una etapa de la lucha, en la cual se consolida el nuevo bloque hegemónico, pero es un momento decisivo porque en política, al decir de Gramsci, “una vez que la guerra de posición se ha ganado, se la ha ganado definitivamente”<sup>56</sup>. Será, en efecto, solo una cuestión de tiempo el que las relaciones militares de fuerzas empiecen a inclinarse hacia el bloque de las fuerzas socialistas, una vez que el conjunto de las fuerzas populares se congreguen bajo la égida del socialismo, y que la burguesía se encuentre

56. QC II, p. 802.

aislada. Así, lejos de representar una estrategia reformista —como lo sostienen ciertas interpretaciones acerca de Gramsci—<sup>57</sup> la guerra de posición representa el traslado a la estrategia política de una concepción no-reduccionista de la ideología y de la política. Esta subraya el papel fundamental de la lucha ideológica y el carácter de guerra popular que deberá adoptar la lucha por el socialismo: “en la política, la guerra de posición es la concepción de hegemonía”<sup>58</sup>. Esta afirmación de Gramsci sólo puede entenderse a la luz de la problemática anti-reduccionista de la ideología, que hemos presentado como la condición de inteligibilidad de su concepción de hegemonía. Sólo cuando esto se haya captado plenamente, podrán entreverse todas las consecuencias políticas que involucra y que cristaliza en una concepción de la revolución socialista enfocada no como un proceso estrictamente proletario, sino como un proceso complejo de transformaciones políticas e ideológicas en donde la clase obrera asume el papel dirigente. La guerra de posición —entendida como lucha por la hegemonía— en el seno de todos los sectores anti-capitalistas, también explica la insistencia de Gramsci en el carácter “nacional” de la lucha:

*“La situación internacional debe ser considerada en su aspecto nacional. En los hechos, la*

57. Perry Anderson sostiene este enfoque en su artículo “The Antinomies of Antonio Gramsci”, *New Left Review* No. 100, 1977. Su interpretación de Gramsci ilustra de qué modo la falta de comprensión de la naturaleza de la hegemonía en Gramsci y de la problemática anti-reduccionista de la ideología que ella implica, impide captar tanto la especificidad del pensamiento de Gramsci como su coherencia.

58. QC II, p. 973.

*relación 'nacional' es el resultado de una combinación única (en cierto sentido) y 'original'. Originalidad y singularidad que es preciso entender plenamente si aspira a dominarla y conducirla. Por supuesto, la línea del desarrollo es hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es 'nacional' y es desde este punto de partida desde donde debe emprenderse la acción'*<sup>59</sup>.

## Conclusión

En este artículo hemos argumentado que en la concepción de hegemonía de Gramsci subyace en estado práctico una problemática de la ideología radicalmente **anti-economicista**, y que esta constituye la condición de inteligibilidad de la especificidad de su concepto de hegemonía. No sostenemos, sin embargo, que Gramsci haya resuelto —aún en el estado práctico— todos los problemas implícitos en la teoría marxista de la ideología. En todo caso, las herramientas conceptuales de que disponía han sido totalmente superadas. Hoy en día estamos equipados para tratar el problema de la ideología en forma mucho más rigurosa, gracias a los desarrollos que han tenido lugar en disciplinas tales como la lingüística y el psicoanálisis. Con todo, la contribución de Gramsci a la teoría marxista de la ideología conserva una importancia crucial, por varias razones:

1) Gramsci fue el primero en destacar la naturaleza material de la ideología, su existencia como

59. QC III, p. 1729.

nivel necesario de toda formación social, su incorporación a las prácticas y su materialización en aparatos.

2) Rompió radicalmente con la concepción de ideología como falsa **conciencia**, es decir, como representación distorsionada de la realidad en razón de su determinación por el lugar que los sujetos ocupan en las relaciones de producción, y anticipó la concepción de ideología como práctica productora de sujetos.

3) Finalmente, cuestionó el principio general del reduccionismo, que les atribuye a todos los elementos ideológicos una necesaria connotación de clase.

En cuanto respecta a los dos primeros puntos, Luis Althusser recogió y desarrolló ampliamente el pensamiento de Gramsci —si bien llegó al mismo punto de vista por un camino diferente, las **ideas gramscianas** se han difundido a través de la escuela de Althusser. Pero en lo que toca a su crítica del reduccionismo, es infortunado que su contribución no se haya reconocido plenamente. De ahí que sea urgente la necesidad de desarrollar todas las potencialidades teóricas que su pensamiento abre en esta dirección, tanto más cuanto que la teoría marxista de la ideología aún no ha logrado liberarse por completo de la problemática reduccionista y permanece maniatada por formas solapadas del economicismo.

Para los investigadores marxistas que trabajan en el campo de la ideología, la **vigencia** e importancia de la obra de Gramsci estriba en que su concepción allana el camino para resolver el problema más serio que se le plantea a la teoría marxista de la ideología. Este problema consiste en superar el economicismo permaneciendo, sin

embargo, dentro de la problemática del materialismo histórico. En efecto, una vez superada la fase elemental que veía en la ideología un mero epifenómeno, la teoría marxista tiene que enfrentar todavía esta dificultad: mostrar cómo puede afirmarse que la práctica ideológica goza de verdadera autonomía y eficacia, al tiempo que se sigue sosteniendo el principio de la determinación en última instancia por la economía. Es un problema que el mismo Althusser no ha podido resolver satisfactoriamente, razón que no hace mucho le mereció la acusación de **economicista**<sup>60</sup>. Con todo, si sus críticos proponen una solución que efectivamente supera el problema del economicismo, es al precio de abandonar el campo del materialismo histórico. En efecto, al identificar el economicismo con la tesis de la determinación en última instancia por la economía y al proponer como solución la autonomía total de las prácticas ideológicas, colocan en entredicho los principios básicos del materialismo histórico.

En la obra de Gramsci puede encontrarse el bosquejo de otro tipo de solución a este problema, que vale la pena analizar antes de decidir si la solución al problema del economicismo es realmente imposible dentro del marco teórico del marxismo. Tal como la presentamos aquí, la problemática de la hegemonía contiene, en estado práctico, los trazos generales de una articulación posible entre la autonomía relativa de la ideología y la determinación en última instancia por la economía.

60. Sobre esta materia, ver Paul Hirst, "Althusser and the Theory of Ideology", *Economy and Society*, vol. 5, No. 4, 1976.

La concepción de ideología que se desprende de la concepción gramsciana de la hegemonía, le atribuye a aquella una autonomía real, puesto que los elementos que la práctica ideológica pretende transformar no poseen una necesaria connotación de clase y por lo tanto no constituyen la representación ideológica de los intereses existentes en el nivel económico. Pero, por otra parte, esta autonomía no es incompatible con la determinación en última instancia por la economía, ya que los principios hegemónicos que sirven para articular estos elementos son suministrados por las clases fundamentales. Con esto, desde luego, apuntamos tan sólo al área en donde podría encontrarse una solución, pero está claro que si se pretende trabajar en esta dirección, todavía quedan muchos problemas por resolver antes de arribar a la formulación de una solución teórica. Es un área, sin embargo, que parece abrir el camino para un trabajo fructífero.

Para finalizar, quisiera señalar otro campo en el que la concepción de hegemonía de Gramsci abre perspectivas sumamente fecundas. Se refiere a su **concepción de la política**. Gramsci estaba plenamente consciente de ello, como que señaló la necesidad de combatir al economicismo "no solo en la teoría de la historiografía sino también —y más específicamente— en la práctica política y en la teoría", reafirmando que "en este terreno la lucha puede y debe conducirse desarrollando el concepto de hegemonía"<sup>61</sup>. Las formas como el economicismo se manifiesta en el terreno de la política son muy variadas y van desde la "actitud

61. QC III, p. 1596.

de esperemos-y-veremos" de la Segunda Internacional, hasta el "purismo" de la extrema izquierda. Dos formas aparentemente opuestas pero que expresan la misma falta de comprensión de la verdadera naturaleza de la política y de su papel en una formación social. El error fundamental de la concepción economicista —su enfoque epifenomenalista y reduccionista de las superestructuras se manifiesta aquí en una concepción **instrumental** del Estado y de la política. Identificar al Estado con el aparato represivo reduce el terreno de la política, porque excluye su relación vital con la lucha ideológica. La concepción "ampliada" del Estado en Gramsci, que corre pareja con el papel que le atribuye a la hegemonía, recupera esta dimensión olvidada de la política y le asigna a la lucha ideológica un papel fundamental en la lucha política. La política ya no se concibe entonces como una actividad especializada y aparte, para convertirse en una dimensión que está presente en todos los campos de la actividad humana. En efecto, si el individuo solo puede convertirse en sujeto mediante su participación en un "hombre-masa", no existe aspecto alguno de la experiencia humana que escape a la política, que se extiende a zonas aparentemente tan alejadas como el "sentido común".

Esta concepción de la política permitiría elaborar una aproximación totalmente nueva al problema del poder, que por lo general los marxistas han tratado a la ligera. En realidad, solo cuando se recupera la dimensión hegemónica de la política, que se expresa en la noción gramsciana del "Estado integral", y cuando se acepta que la supremacía de una clase no se ejerce únicamente por medio de su dominación sobre los adversarios

sino además en virtud de su papel dirigente sobre los grupos aliados, podrá empezarse a entender que el poder lejos de localizarse exclusivamente en los aparatos represivos del Estado, se ejerce a todos los niveles de la sociedad y es una "estrategia" —como lo plantea Michel Foucault—<sup>62</sup>. De manera que este es otro campo de investigación importantísimo que la concepción no-reduccionista de la ideología formulada por Gramsci le abre al marxismo.

Sorprende realmente la extraordinaria convergencia de algunas investigaciones contemporáneas con el pensamiento de Gramsci —como las de Foucault o Derrida— que formulan una concepción de la política enteramente nueva. Habiendo reconocido el carácter anti-reduccionista de su pensamiento, no me parece aventurado pronosticar que la importancia de la obra de Gramsci, así como su influencia, seguirán creciendo en el futuro ●

62. Los últimos trabajos de Foucault a partir de *L'Ordre du Discours*, lo han llevado a destacar cada vez más la función política de los intelectuales. El trabajo de Derrida en el GREPH, lo han llevado a poner al descubierto la dimensión política de la práctica filosófica. La investigación de ambos desemboca en una nueva concepción de la política y del poder, que ya en varios puntos anticipa Gramsci.